

# Creer o no creer, ésa es la cuestión

Carlos Díaz

Director de Acontecimiento.

Miembro del Instituto Emmanuel Mounier.

**I.** «Tú qué crees?» «Pues yo creo que...» Todo el mundo cree más o menos en algo, antes o después, algo próximo o remoto, «porque se puede creer o no creer en Dios, pero no menos se puede creer o no creer en la realidad del éter, de los átomos, de la acción a distancia, en la idealidad o no idealidad del tiempo y del espacio y hasta, si me apuráis, en la existencia del queso manchego», sentenciaba Antonio Machado. Muchas veces quienes niegan creer en Dios magnifican y hasta deifican creencias tales como el queso manchego o la longaniza, y si no me prestan crédito a mí atiendan a este texto del célebre columnista Manuel Vicent: «Se puede cambiar de dioses, aunque no de aquel alimento que te daba tu madre cuando aún eras inocente. Realmente aquellas longanizas eran el Dios verdadero: la pura sustancia, el principio y fin de todas las cosas». Ríanse ustedes, si así lo desean, de tamaña jaculatoria o enchorizatoria, pero les aseguro que a semejantes «teólogos» al uso que ya no hablan de longanizas sino más prosaicamente de longaniza los padezco y sufro cada día de mi vida con su presencia repleta y su moralina recalcitrante en la universidad, en la prensa, en la radio, en la televisión, en la calle en suma. Y son una cruz.

Lo cierto es que la profesión de fe del escéptico resulta ser más fuerte que el escepticismo mismo del escéptico y que, como también sabía Machado, «el escepticismo, lejos de ser, como muchos creen, un afán de negarlo todo, resulta ser, por el contrario, el único modo de defender algunas cosas», por lo cual concluía él con cierta lógica: «Aprende a dudar, hijo, y

acabarás dudando de tu propia duda. De esta manera premia Dios al escéptico y confunde al creyente». El escepticismo, pues, un lujo que muy pocos pueden pagarse; por lo demás ¿conocen ustedes algo más pretencioso que un heterodoxo a machamartillo, algo más insufriblemente contradictorio que un negador de identidades que hace de la negación su propia identidad?

**II.** No, no resulta fácil afirmar de forma absolutamente maciza y redonda *yo creo* o *yo no creo*, y mucho menos hacerlo en un sentido único, pues *creer*—lo mismo que su contrario, el *no creer*— es término polisémico para cuya completa explicación se precisa a la vez, precisamente, ¡nada menos que creer! Sea como fuere, en las cosas del creer/no creer existen más *grados* aún que en el ejército o en la administración, grados que van desde la pretendida credulidad absoluta del creyente acérrimo hasta la supuesta incredulidad radical del increyente a machamartillo, pasando por la duda, la perplejidad, la vacilación, la inseguridad y demás fatigas psicológicas; y si se apura la cosa tampoco resultaría fácil ni frecuente encontrarse con creyentes químicamente puros, con agnósticos sin mezcla de seguridad alguna, o con ateos infrangibles al margen de cualquier vacilación sobre el último sentido; más bien creencia e increencia funcionan como dos polos gramáticos, retóricos y dialécticos de una misma tensión, y por eso cabe dudar muchas veces de esa contraposición tan clara y rotunda entre cabritos y corderos, que algunos aman

tanto. Es que esto del creer tiene algo o mucho de margarita que se deshoja, suspiros del me-querrá-no-me-querrá. De cualquier modo nadie negaría que con frecuencia existen zonas oscuras, tendidos de sol y sombra, de penumbra, en el particular ruedo ibérico de cada uno.

Por si esto fuera poco cada etapa de la vida, desde la infancia hasta la vejez, presenta sus formas específicas de creer o de no creer, y dentro de cada una de dichas etapas se atraviesa por *periodos* más dulces o más áridos, de forma que a cada día le basta su afán y cada hora conoce su más y su menos, hasta el punto de poderse afirmar muchas veces que bajo el «yo soy/yo no soy creyente» late un más modesto «yo estoy/yo no estoy, o yo me siento/yo no me siento ahora creyente». Y no sólo por periodos, sino por momentos, pues si es cierto lo que nos narra C. S. Lewis (1898-1936) en su libro *Cautivado por la alegría*, su encuentro con Jesús tuvo lugar de forma tan sorprendentemente puntual como ésta: «íbamos al zoo de Whipsnade una mañana. Cuando salimos de casa no creía que Jesucristo fuera el Hijo de Dios, y cuando llegamos al zoológico sí».

Sin insinuar de ninguna manera que los comportamientos de fe y sus contrarios hubieran de asimilarse al de una veleta cambiante de posición según el soplo del viento, sí afirmamos que (al margen de sospechosas fes de carbonero, precisamente ahora que ya quedan tan pocos carboneros por ser oficio a extinguir) por lo general no se cree de una vez por todas, antes al contrario se gana y se pierde insensiblemente a lo largo de toda la existencia, y en ese proceso vital el no ganar puede resultar una forma de enquistarse, en tanto que el no perder ciertas convicciones puede impedir otras ganancias más verdaderas y más puras. En otros términos, «perder la fe» dice relativamente poco en última instancia, pues cuando se ama es fácil perderse, y por el contrario cuando no existe arraigo en el amor cualquier ganancia puede producir efectos perversos.

**III.** Además cuando uno se para a pensar todo esto, resulta casi *increíble el creer* del creyente cristiano. Porque vamos a ver, con la mano en el pecho:

—¿acaso no parece de todo punto y hora inasumible para una mentalidad medianamente lógica, ni siquiera excesivamente calculadora, que el Dios omnipotente y de nada preciso se preocupe de mí como de un hijo verdadero, y que yo le pueda llamar Padre y establecer con Él una relación auténticamente filial?

—¿cómo aceptar sin más ni más que Dios cuenta de-verdad-de-verdad precisamente con este pequeño cristiano de barro (y cristianos sólo los hay de barro), hasta el punto de confiarle también a él, siervo inútil al final de la jornada, la marcha de la historia de la salvación desde su Iglesia, la recogida de la siembra copiosamente fecundada desde la cruz por el mismísimo Hijo?

—¿cómo entender con un mínimo de lucidez epistemológica una omnipotencia como la divina, que ama aquello que no es ella misma, y que además lo ama apasionadamente? ¡Necesariamente la lógica de Dios tiene que ser distinta a la nuestra, seamos por tanto más modestos a la hora de asignarle atributos! ¡Demostremos menos y creamos más!

—¿y qué decir de un Dios Padre cuyo Hijo entrega la vida por mí (¡por mí, Dios mío!) y asume el cáliz del máximo sufrimiento físico y moral porque le complace anunciar la Buena Nueva en favor de la entera humanidad aunque eso le cueste la vida, un Dios que vive a tumba abierta (nunca mejor dicho) en favor de este pequeñajo que ahora tecletea cegato en su ordenador?

—¿y cómo pasar por alto que ese amor que Dios nos ha profesado hasta el último sorbo del cáliz de la amargura crucificada no ha cesado, sino que lo sigue profesando hasta el fin de los siglos gracias a la presencia vivificadora del Espíritu Santo que permanece y alienta en los corazones de todos los seres humanos de buena voluntad, de todos ellos, sin distinción de razas ni de credos, ni de sexos, ni de eda-

des, ni de rangos, sin necesidad de que los hombres creamos siquiera en Dios, sólo porque Dios sí cree en nosotros sin contrapartida alguna y porque nos ama incondicionalmente?

—¿cómo es posible, en fin, acercarse a otro prójimo cualquiera y contarle todo eso sin un poco de rubor, cual si se tratase de la cosa más lógica y natural del mundo, cuando resulta lo más ilógico e inimaginable y extraño que jamás haya podido pensarse? ¿cómo dirigirte a tu prójimo de tal modo que él vea desde lo más sagrado de tu sagrario que no sólo crees en todo eso, sino que además todo eso se ha instaurado en ti constituyendo lo más íntimo de tu propia intimidad, y que desde el momento en que dejaras de creerlo comenzarías a no existir, pues te desagregarías y desatomizarías instantáneamente, transformados tus huesos en polvo, ceniza, nada?

Quien no se escandalice por estas y otras innúmeras afirmaciones contenidas en la fe profesada es que no se ha parado a pensar ni siquiera medio minuto, o que está de tal modo fabricado que nada le ha impresionado jamás, siendo su imperturbabilidad aún mayor que la del célebre y gélido motor inmóvil aristotélico. Porque no me digan ustedes que no resulta raro que Dios se meta en semejantes «fregaos» en favor de un pobre ser humano como yo, y todo eso sin que por mi parte pueda comprarle ni venderle ninguna moto, todo eso a cambio de nada, simplemente porque Él me ama gratuitamente, de balde, gratis y por amor, siendo Él quien es y siendo yo quien soy, queriéndome Él por-

que me quiere, quiera o no quiera yo querer, esté o no esté yo sin querer queriendo.

O si no díganme ustedes otra vez desde el hondón de su alma sincerada:

—¿qué socialismo humano llegaría tan lejos como éste de Yahvéh Dios que no sólo pone el jardín del Edén a nuestra disposición, sino que se pone a sí mismo, que no sólo da sino que se da incondicionalmente a sí mismo, hasta el extremo de dar su propia carne y su propia sangre?

—¿por qué entonces le habrán cogido los sedicentes cristianos tanto pavor al pobre comunismo ateo, esa fotocopia desvaída de lo que debiera ser un comunismo cristiano, precisamente unos cristianos

que sólo podrían creer en Dios si comunizaran a fondo su amor, cristianos que por si fuera poco no vacilan en confesar paladinamente creer en la comunión de los santos?

¿es que acaso ignoran qué significa la comunión de los santos? ¿o qué entienden por comunión?

—¿Y en qué ídolo creen sin embargo de hecho estos sedicentes cristianos tan rabiosamente afectos a la propiedad privada de los medios de producción hasta el extremo de promover en su seguimiento guerras «de religión», propietarismo que por el contrario constituye un atentado básico y fulminante contra la lógica comunitaria del Dios uno y trino?

—¿Asimismo por qué tanto pavor frente al anarquismo militante, esa bellísima utopía laica pensada por hombres de buena voluntad para el humano del futuro, utopía que cuanto más alza el vuelo tanto más surca con sus alas



## ANÁLISIS

el país azul de la libertad, la igualdad y la fraternidad, país que un cristiano asume y pone gozosamente bajo el signo de la Paternidad?

¡Ah! como estamos viendo una cosa es el insondable misterio del Dios-Gracia y otra muy distinta el oscurantismo pegajoso nuestro, el de los creyentes-desgracia.

¡Qué escándalo, en todo caso, el de la *Gracia*, Dios mío!. Aquí la lógica se pone total y absolutamente patas arriba, o cabeza abajo, si se prefiere. En efecto, por la Gracia, un niño nace en un pesebre siendo el Hijo de Dios, y a partir de entonces lo que es esencial al mundo pasa desapercibido y resulta invisible a los sentidos: por la Gracia, lo importante en el fondo de ojo de la realidad tiene valor y no precio;

por la Gracia, la tierna mirada del niño indoc-to contempla el entorno con mayor limpieza ocular que el adulto diplomado en óptica; por la Gracia podemos resucitar. ¡Qué escándalo! ¿Pues acaso no atenta lisa y llanamente todo esto contra la lógica de la evidencia cotidiana, incluso contra la fuerza de la gravedad? ¿No anula esa especie de «locura de Dios» que es la Gracia el torpor de los sentidos que te aploman y arrastran hacia la pesantez de la tierra, siempre hacia abajo, hacia el humus del que el hombre procede? ¿Será acaso que para vivir en la Gracia hay que permanecer fieles a la tierra y dejarse elevar por la ingravidez del amor? Porque huir del mundo no puede ser la solución cristiana ¿verdad, hermanos? **A**